La relación México-Estados Unidos: Crisis interna y reajustes externos a través del conflicto centroamericano

M. Teresa Gutiérrez-Haces*

Introducción

Durante los últimos meses del año 1988, tanto en México, como en los Estados Unidos, ocurrirán cambios previsibles, algunos debidos al fin lectivo de las administraciones gubernamentales, la liderada por Miguel de la Madrid y el Partido Revolucionario Institucional en México y la de Ronald Reagan y el Partido Republicano en los Estados Unidos.

A lo largo del tiempo transcurrido para ambas administraciones, ocurrieron hechos políticos, económicos y sociales, que desde ahora puede afirmarse que marcarán cambios de importancia en el destino de las dos naciones. Entre estos, sobresale el histórico acercamiento entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en torno al desarme y la paz, que contrasta en mucho con el papel desempeñado por el primero en relación a Centroamérica y su reiterada insistencia en convertir a esta zona en un punto de disputa geopolítica dentro del llamado conflicto Este-Oeste.

Todo parece indicar que las preocupaciones concernientes a la paz, el cese de la intervención armada y la autodeterminación de cada pueblo para forjar su destino, formar parte de la discusión entre las super-potencias pero haciendo caso omiso de que estos aspectos son justamente los que también reivindican los países pequeños, como los centroamericanos, frente a los Estados Unidos. En suma, si en los últimos dos años hemos sido testigos de una aproximación diplomática entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, dicho acercamiento se ha hecho en la esfera del primer y segundo mundo, olvidando volunta-

riamente que la única justificación que proponen los Estados Unidos para su intervención en Centroamérica es justamente el hecho de que se intenta explicar toda la problemática política de la región así como la insurgencia popular en países como El Salvador, Guatemala y Nicaragua, como el resultado de la penetración ideológica y militar del Este.

América Central es en la actualidad y especialmente desde 1979, con el triunfo de la Revolución Sandinista, un punto de discusión, coincidencias, encuentros y desencuentros de un importante número de países de América Latina, entre los que sobresale el papel desempeñado por México. Es también, una región donde la hegemonía de Estados Unidos es cuestionada a nivel político, militar y diplomático, no solamente por los principales actores regionales, sino por prácticamente toda la comunidad internacional y es a la vez, una zona geográfica en la que un conjunto de países reafirmarán su vocación latinoamericana en los últimos años.

Este artículo intenta hacer algunas reflexiones en torno a la evolución y cambios que ha sufrido el patrón de comportamiento establecido en las relaciones de México y los Estados Unidos, en el terreno de su política exterior, considerando que el *modificador central* de este vínculo, ha sido la introducción del conflicto centroamericano. Es con este objetivo que intentaremos analizar los principales elementos y acontecimientos que han configurado una situación de cambio cualitativo entre estos y la introducción de algunas hipótesis que intentan responder a las motivaciones que en un momento determinado provocaron un notable acercamiento de México hacia Centroamérica y la posterior creación del Grupo Contadora como instancia multilateral de intermediación en el conflicto.

También hemos querido analizar aquellos elementos explicativos que nos permitirán en un

* Coordinadora del Área de Análisis de la Economía Latinoamericana y los Estados Unidos, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM. Profesora Invitada en la Universidad de Québec en Montreal, Canadá.

futuro inmediato determinar la veracidad en torno a un sinnúmero de afirmaciones que pretenden asegurar que México a través de su actual política exterior se ha alejado definitivamente de Centroamérica.

Para responder, aún modestamente, a la segunda parte de las actuales interrogantes, es preciso definir en el terreno no solamente de lo internacional sino también de lo que se conoce como la política doméstica, cuál es el papel que ha jugado Centroamérica como una de las dos zonas fronterizas con las que México entretiene una relación de vecindad. La colindancia geográfica, económica y política que personifican los Estados Unidos y Centroamérica con relación a México, son un elemento explicativo de primer orden para comprender los principales lineamientos de la política exterior mexicana. Esta cercanía, limitada simplemente por una demarcación fronteriza, no siempre ha sido enfocada con fluidez, considerando que la vecindad que se tiene hacia el Norte es con la mayor potencia hegemónica del ámbito capitalista y que al Sur se viven momentos de profunda crisis regional. En este sentido, la aplicación de un *claro concepto de diferenciación* en la relación para ambas fronteras, ha sido la norma.

Centroamérica, a diferencia de otras regiones y otros conflictos, introduce a la diplomacia mexicana en un ámbito de discusión que a la vez que produce la consolidación de su perfil internacional provoca la necesidad de autodefinirse en torno a su soberanía nacional y al sistema de equilibrio geopolítico establecido por los Estados Unidos.

En la actualidad, hipotetizamos que no sólo la política exterior de México, sino el país en su totalidad, se debate entre *dos opciones geopolíticas*, que podrán ser identificadas como la posibilidad de asumir una mayor vocación latinoamericana o aceptar su norteamericanización. Si bien ambas opciones han estado presentes en el debate nacional en los últimos años, es bastante evidente que el reforzamiento de los lazos con América Latina y no sólo con Centroamérica, han sido una constante que ha contrabalanceado las presiones del Norte, agudizadas palpablemente en los últimos años con motivo de la introducción de Centroamérica en la agenda de discusiones con los Estados Unidos.

México se encuentra en el centro de un eje geopolítico trazado por los Estados Unidos, en el cual éste nos considera región prioritaria, de la misma manera que Cuba y Nicaragua se califican como zona conflictiva. En medio de este eslabonamiento geopolítico, México personifica —por su desempeño diplomático—, el punto de unión entre el mundo latino y el mundo sajón, eslabón central de una cadena que intenta llegar

hasta la Tierra del Fuego. De ahí que México se debata éticamente entre su vocación latinoamericana y la presión del poder norteamericano que económicamente lo hegemoniza.

La evolución de la relación entre estos países, se traduce en la búsqueda de soluciones que reduzcan la excesiva presión de un vínculo bilateral que históricamente ha sido profundamente asimétrico. Frente a esto, la solución ha sido la construcción de una política internacional abierta y de calculada disidencia que contrabalancee una política interna que en lo económico tiene que considerar de una manera pragmática su dependencia de los Estados Unidos.

Entre ambas "políticas", la de afuera y la interna, no hay una real dicotomía, ambas se complementan teniendo en cuenta las atenuantes geopolíticas de sus relaciones fronterizas. Por ello, su participación en el Grupo Contadora, significa la llegada a un "puerto seguro" dentro de los avatares de la política mexicana en Centroamérica.

De la misma manera que las decisiones nacidas de las reuniones de Esquipulas, Guatemala, en 1987 ofrecerán la ocasión de un "relevo diplomático", necesario no sólo para México, sino también para una Centroamérica que requiere de una mayor autonomía en la discusión.

México, necesita reconcentrar sus fuerzas, las internas y las externas; la reformulación de su proyecto nacional es impostergable y por tanto no puede permitirse distracciones geopolíticas, de ahí que a sabiendas del costo político internacional y del interno en el futuro, está cambiando el rumbo de su política exterior. De estos aspectos y de algunas interrogantes que nos suscitan el reciente desempeño de México en el ámbito internacional hablaremos en este artículo.

I. Antecedentes

México cuenta con dos zonas fronterizas de enorme importancia no sólo desde el punto de vista económico sino también político. Convivir al Norte con la mayor potencia capitalista e intentar sostener una actitud independiente tanto en nuestras decisiones internas como en lo referente a la política exterior, ha sido uno de los problemas más serios que México ha debido enfrentar desde hace más de un siglo.

Nuestras relaciones fronterizas no han sido sencillas si contemplamos el peso económico y político de nuestro vecino del norte. En muchas ocasiones, la vecindad se ha asimilado internamente con dificultad. La colindancia se encara como un acercamiento "forzosamente necesario", pero que no siempre ha sido fluido.

Al Sur, hasta hace algunos años, mirábamos y convivíamos con relativa tranquilidad; un cierto aire de paternalismo nos hacía contemplar a Centroamérica de una manera radicalmente opuesta a la observada con los Estados Unidos. Las razones resultan obvias: a excepción de algunos conflictos y escaramuzas fronterizas en especial con Guatemala, el panorama se presentaba relativamente calmado y nuestra vecindad se vivía alejada de ese sentimiento de presión que tan evidente se percibía hacia el Norte. Las relaciones diplomáticas se caracterizaban por una actitud de respeto y a partir de la década de los años sesenta se establecieron múltiples contactos de cooperación comercial.

Con los acontecimientos políticos que desembocaron en el triunfo de la Revolución Sandinista, México se vio obligado a salir de cierta "modorra diplomática" y se convirtió en uno de los principales protagonistas a nivel internacional del proceso de pacificación de la región centroamericana.

Esta región, pese a su colindancia con nuestro país, nunca había sido objeto de seria preocupación para los quehaceres de nuestra política exterior. Sin embargo, a partir de 1979 cobró un nuevo significado al involucrarse de una manera sustancial en el apoyo e impulso inicial otorgado a la Revolución Sandinista.

Observando a distancia los efectos que para México han tenido las relaciones con sus dos fronteras, no deja de sorprender el enorme significado que éstas han tenido en diferentes momentos para el país, tanto en la política interna como en la exterior. Una aparente sensación de desarticulación se tiene al comparar el flagrante contraste que aparece entre la conducción de la política interna de México y los despliegues diplomáticos de corte progresista que desarrolla en los foros internacionales; esta aparente falta de convergencia no es más que el resultado de una búsqueda de equilibrio entre los principios que han servido de piedras angulares a la política exterior mexicana: la autodeterminación de los pueblos y la no intervención, frente a la presencia de los Estados Unidos como vecino geográfico y principal socio comercial.

II. Una política de cautela

Los principios arriba enumerados no son más que el resultado de la propia historia del país, que ha vivido en carne propia interferencias e intervenciones extranjeras que lo desgarraron históricamente al despojarlo de la mitad de su territorio en el siglo pasado.

La política exterior de México no siempre se caracterizó por una activa acción diplomática

en los foros internacionales: durante las décadas posteriores a la Segunda Guerra, nuestro país desarrolló una diplomacia modesta y su actitud podría ser calificada de "aislacionista". México estaba concentrado en articularse a nivel interno, tanto en lo económico como en lo político y se consideraba que los problemas externos sólo podían acarrearle la distracción de un esfuerzo que internamente le era imprescindible.¹

Pese a esta actitud de reservas y cautela, desde su entrada a la Sociedad de Naciones en 1932 México aclara públicamente que nunca admitiría la Doctrina Monroe; esta actitud se sustentaba en los principios básicos de nuestra política exterior. Otros ejemplos de esta posición son su condena a la agresión de Japón a China en 1933, a la invasión italiana a Etiopía, y al golpe militar de Franco en España. Más recientemente, condenó internacionalmente la invasión norteamericana a Guatemala en 1954, el bloqueo de los Estados Unidos y la invasión de Bahía de Cochinos a Cuba, el desembarco de los marines en República Dominicana en 1965; también México desaprobó las resoluciones votadas en 1967 por la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) para la promoción de la lucha revolucionaria en América Latina, y en los últimos años, las invasiones a Granada y Afganistán así como el ataque a Libia en 1986.²

Hasta antes de 1979, México no había desplegado a nivel de política internacional una activa acción diplomática: el aislacionismo, los pronunciamientos de condena en términos estrictamente jurídicos, las tomas de posición en forma unilateral tratando siempre de decidir individualmente y no en bloque, fueron los rasgos principales de más de cuatro décadas de su política exterior. Pese a esta larga trayectoria de discreción y cautela, pero también de firmeza frente a su reiterada defensa de la autodeterminación y no intervención, se perfila a partir de la década de los años setenta, un cambio radical que contrastará con un pasado de "disidencia calculada diplomáticamente"

III. En busca de un equilibrio geopolítico

Para entender este cambio, partaguas de la trayectoria internacional mexicana, es necesario hablar de una *relación de equilibrios* a nivel inter-

¹ Una primera versión escrita, de esta sección, se presentó a discusión bajo el título: "Evaluación de la Política Exterior de México", Université de Québec, Montreal, Canadá, 1986 e Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México, 1986.

² Silva Herzog, Jesús, *Lázaro Cárdenas. Su pensamiento Económico, Social y Político*. Ed. Nuestro Tiempo, México, p. 109 a 119.

nacional en la que México se ha conducido con inmensa cautela dada su posición de vecindad con los Estados Unidos.

En términos generales, la mayoría de los países que integran el sistema capitalista manejan un concepto propio, nacional, de lo que es su soberanía; ésta se define básicamente a partir de su proceso histórico interno y de su situación territorial. Tomando en cuenta estos elementos, México, por su experiencia de ser un país invadido y mutilado geográficamente, no está dispuesto a perder ni un centímetro más de su soberanía territorial.

Por otra parte, la vecindad con los E.U., nos obliga, aún involuntariamente, a participar de un sistema de equilibrio exógeno en el que México forma parte del concepto de seguridad nacional de los Estados Unidos.

Para expresarlo más claramente, México no sólo debe plantearse una política propia de seguridad nacional sino que además, debe asumir que ésta se encuentra forzosamente subsumida en otro sistema de seguridad nacional, el estadounidense.³

El equilibrio internacional del mundo capitalista, el aparente y el subyacente, gira predominantemente alrededor de los Estados Unidos y dentro de esta dinámica, México se ve arrastrado al formar parte de los intereses geopolíticos de su vecino. Lograr articular una política exterior propia, independiente, delinear cotidianamente la defensa de su soberanía tratando de acentuar lo nacional y sabiéndose definitivamente débil en lo económico y en lo militar, es uno de los constantes desafíos a lo que se tiene que enfrentar el gobierno mexicano.

Las preocupaciones políticas, a nivel diplomático, han versado durante largos años sobre las relaciones existentes con los Estados Unidos. La dependencia económica ha ido en aumento y paulatinamente, su interferencia en asuntos internos también se ha hecho manifiesta. No es nada nuevo el reiterar que ante esto, la política exterior de México ha optado por crearse un perfil nacionalista, prorrevolucionario y hasta contestario frente a los Estados Unidos, buscando marcar claramente su independencia con respecto a este país.

México intenta a través de sus continuas intervenciones diplomáticas, responder a esta presión geopolítica, ubicándose en una *posición intermedia de apertura* frente al mundo capitalista y al socialista.

Quiéralo o no, México se encuentra dentro de la esfera de influencia de los Estados Unidos y

una de sus luchas más denodadas, se sitúa en su negativa a aceptar que forma parte del conflicto Este-Oeste, que con tanta insistencia se quiere dar como interpretación a conflictos como el centroamericano, entre otros.⁴

La política exterior de los Estados Unidos ha sufrido un endurecimiento a partir de la administración Reagan, en relación a México; esta actitud ha tenido resultados de graves consecuencias económicas y políticas para el último.⁵

Antes de 1971, nuestra política exterior también se había planteado como independiente de la norteamericana; los Estados Unidos habían aceptado nuestro relativo margen de disidencia a nivel internacional como una prueba de que existían relaciones de independencia entre ambos países; durante años, se nos consideró con "menosprecio benigno" como nos calificaba Nixon o Kennedy quien sintetizó el problema en 1961, cuando al no pedirnos cuentas respecto al apoyo otorgado a Cuba, expresó la "necesidad de preservar la estabilidad política mexicana" en un "mundo en fermento". En suma, hasta la década de los setenta convivimos bajo la regla del "acuerdo en el desacuerdo": México ofrecía suficiente debilidad económica como para permitirse una "válvula de escape" en su política exterior, a la que los norteamericanos alguna vez describieron como "una política con una gran dosis de machismo". México asumió este margen de independencia como una expresión de su nacionalismo revolucionario.

Esta situación se presentaba relativamente cómoda para los dos vecinos, habiendo una situación de equilibrio geopolítico que perfilaba a México como un guarda fronteras seguro para los Estados Unidos. Para el primero era real, aunque incómodo, que su relación con el segundo siempre delimitaba su margen de maniobra a nivel internacional; pese a esto, México no consideraba el conflicto Este-Oeste como algo suyo y su insistencia en no involucrarse en la visión norteamericana del mismo, quedó claramente manifiesta a partir de la creación del grupo Contadora (1983) en la que México reiteró la necesidad de que se llegará a una solución política negociada independiente de fuerzas extrañas a la región.⁶

⁴ Cfr. Un punto de vista diferente puede encontrarse en: Ojeda Mario: *Las Relaciones de México con los países de América Central*, El Colegio de México, 1985, p. 33.

⁵ Maira Luis: *La Crisis Norteamericana y el Debate sobre sus Raíces en los Estados Unidos* en: "Centroamérica Futuro y Opciones", F.C.E., México, 1983, p. 37.

⁶ Herrera Zúñiga, René y Chavarría Manuel, "México en Contadora: una búsqueda de límites a su compromiso en Centroamérica", en revista Foro Internacional, Vol. XXIV, No. 4. 1984.

³ Gutiérrez Haces, M. Teresa. *Le Canada et le Mexique: autonomie et interdépendance dans les années 80*, No. 12, Université du Québec à Montréal, 1987.

IV. La diplomacia tercermundista

Hemos insistido en que a partir de los años setenta se perfila un cambio de actitud diplomática por parte de México: éste se confirma a partir de 1979: En efecto fue durante el gobierno del presidente Echeverría (1971-76), cuando el aislacionismo diplomático mexicano empezó a ser seriamente cuestionado por el propio Estado mexicano; se consideraba que el énfasis otorgado a las relaciones bilaterales con Estados Unidos había sido excesivo y en detrimento de los contactos diplomáticos con otros países. A partir de este planteamiento, se consideró que nuestra pasividad internacional era un error y que ésta afectaba directamente el propio proceso de desarrollo económico. A raíz de estos planteamientos, el presidente Echeverría declaró públicamente en 1974:

“El aislamiento es hoy, más que nunca, doctrina impracticable. El progreso de cada pueblo depende cada vez en mayor medida de la forma como establezca relaciones complementarias con los demás.

Debemos cobrar mayor conciencia de que nuestro destino está ligado a las transformaciones que ocurren más allá de nuestras fronteras. Abstenernos de participar en ellas significaría transferir al exterior la posibilidad de determinar el futuro de la nación y comprometer los perfiles de su identidad. Equivaldría, también, a desplazar el ejercicio de la soberanía a centros de poder ajenos al país. Es por ello necesario multiplicar contactos con el exterior, hacer de la diplomacia un medio más apto para la defensa de nuestros principios e intereses y salir al mundo para enfrentar los problemas que nos afectan”. (México ante el Mundo. Secretaría de la Presidencia, p. 193).

Pese al interés de México por romper con el excesivo bilaterismo de nuestras relaciones con los Estados Unidos a partir de acciones diplomáticas más dinámicas e intensas, los logros no fueron en muchas ocasiones más que espectaculares pronunciamientos públicos, debido a que México en este momento carecía de una base internacional de poder político y económico lo suficientemente sólida como para realizar un viaje de tal envergadura, que lo encaminara a disminuir el peso de esta relación. Durante este periodo, el presidente Echeverría visitó la OEA y las Naciones Unidas, amplió las relaciones diplomáticas de México de 67 a 129 países, presentó el proyecto de Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados aprobado en 1974; como promotor del tercermundista, apoyó el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile, visitó por primera vez Cuba revolucionaria, reconoció

la OLP y rompió relaciones con la dictadura de Pinochet.⁷

México conoce en 1976 los efectos de una profunda crisis económica que desembocará en la devaluación del peso mexicano y la entrada a negociaciones con el FMI. La deuda externa ascendía a 19 600 millones de dólares en este momento cuando en el anterior fin de mandato presidencial ésta consistía en 3 776 millones de dólares y a mediados de 1988 ésta se calcula en 110 mil millones de dólares.

V. La Diplomacia petrolizada

José López Portillo (1976-82) asume la presidencia de la República en medio de una profunda crisis en que se cuestionaba seriamente la confiabilidad de un sistema político apoyado en el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y un modelo de desarrollo estabilizador desgastado y responsable de serias contradicciones sociales que tuvo que enfrentar el primer convenio de estabilización financiera con el FMI. Sin embargo el valor de las exportaciones del petróleo aumentó vertiginosamente de 1 019 millones de dólares en 1977 a 13 303 millones en 1981, año en que los precios del petróleo empiezan a declinar en el mercado internacional. En este lapso, la política exterior de México creció al ritmo de su producción petrolera convirtiéndose ésta en una “diplomacia petrolizada”:

“El petróleo es nuestra potencialidad de autodeterminación, porque nos hará menos dependientes del financiamiento externo y mejorará nuestras relaciones económicas internacionales” (José López Portillo, III Informe de Gobierno).

De esta forma, la producción petrolera vino a constituirse en una cortina de humo ante las presiones del FMI y en un conducto por el cual México se deslizó firmemente de una política exterior activa aunque limitada, a una diplomacia pujante. Con anterioridad esta política exterior se había limitado a meros aspectos declarativos y retóricos, que en múltiples ocasiones habían tenido una enorme resonancia, pero que carecieron de efectividad real en el sistema de relaciones internacionales establecido entre los países desarrollados y los dependientes.⁸

Posteriormente, ésta pudo convertirse en una intensa actividad diplomática que se caracterizó

⁷ Ojeda Mario, *México: El surgimiento de una Política Exterior Activa*, SEP, 1986, p. 65 a 74.

⁸ Fagen, Richard, *El Gas Mexicano: La Conexión del Norte*; en “Estado y Clases Sociales, en las Relaciones E.U.-Latinoamérica”, Fondo de Cultura Económica, 1984, México.

por superar las declaraciones de corte progresista y que otorgó un apoyo real, tanto político como económico, a muchas de las causas internacionales que defendía.

El punto más álgido de este viraje —y decimos álgido porque tal cambio no se dio bajo el consenso de los Estados Unidos ni de los sectores mexicanos más conservadores—, que pronosticaban malos augurios para México, pues en su opinión se abrían las “puertas al comunismo internacional”—; se da en 1979, cuando el presidente López Portillo rompe con el régimen somocista.

Esta iniciativa tan popular en sí por tratarse del rompimiento con una larga dictadura de un país latinoamericano, significó una desviación en la línea de conducta tradicionalmente desarrollada por la cancillería mexicana. El cambio de trayectoria consistía sintéticamente en los siguientes aspectos; esta era la primera ocasión en que se rompía abruptamente con un presidente elegido por medio del sufragio electoral, (aunque en este caso fuera muy dudosa la honestidad del procedimiento legal); también era la primera vez que México calificaba públicamente las acciones de otro país y por último, su tradicional unilateralismo en la toma de decisiones diplomáticas, fue puesto de lado al iniciar una cruzada de convencimiento a favor del bloqueo a Somoza entre los países latinoamericanos.

El apoyo posterior que México brindó al régimen sandinista es de todos conocido; a partir de 1979, nuevas variantes aparecen en la conducción de la política exterior mexicana: se crean programas de asistencia económica para la región centroamericana y del Caribe gracias a la bonanza petrolera y, por primera vez, se activó la diplomacia de partido que ya había empezado a funcionar con Echeverría: El PRI, con cincuenta años de práctica en el poder, asumió la presidencia de una agrupación de partidos de orientación socialdemócrata, a fin de encontrar un enfoque de “tercera vía” para enfrentar la crisis centroamericana. (COPPAL). Esta iniciativa fue la primera acción política de corte multilateral que México emprendía, buscando la pacificación centroamericana.

Por último, en 1981, una nueva propuesta de la Secretaría de Relaciones Exteriores alteró una vez más los lineamientos tradicionales de nuestra diplomacia: en el seno de las Naciones Unidas, México expidió un comunicado conjunto con el gobierno francés, reconociendo en las organizaciones revolucionarias salvadoreñas la “calidad de fuerzas políticas representativas”. Esta declaración significaba una intromisión en asuntos internos de otro país y por ser expresado conjuntamente con un país europeo, se con-

sideró como una intervención anti-latinoamericana. Reflexionando retrospectivamente sobre los cambios ocurridos entre 1971 y 1982, se observa cómo la política exterior de México en su búsqueda por disminuir el peso excesivo de la relación con Estados Unidos, no solamente logró ocupar un lugar protagónico en los principales debates internacionales de los últimos años,⁹ sino que también alteró el sistema de equilibrios con que se regulaban las relaciones de los países latinoamericanos incluyendo México con los Estados Unidos. (Grupo Contadora, Grupo de Lima, Carta de Deberes y Derechos Económicos, etc.).

Con la salida del presidente López Portillo el país quedó en lo interno sumido en una profunda crisis económica y política. La caída de los precios del petróleo, el alza de interés del capital internacional, la incontrolable inflación interna y el gasto público deficitario, se conjuntaron como algunos de los factores que hicieron sentir a todo el país que se había entrado en una de las crisis más severas de la historia de México: sin el respaldo petrolero, con una banca sorpresivamente nacionalizada y ante la realidad de que la dependencia económica de los Estados Unidos había progresado, el futuro se perfilaba incierto y con él, los avances que México había logrado en todos estos años a nivel internacional. En lo interno cada vez era más claro el error incurrido al haber comprometido al país en la opción de un crecimiento económico basado en la exportación masiva del petróleo.¹⁰

VI. Una diplomacia pragmática

Una cruel dictomía empezó a perfilarse a partir de 1982: internamente el país vivía una situación crítica, pero externamente existían compromisos políticos adquiridos durante los años anteriores, que el gobierno mexicano se aferraba en sostener, como una expresión de su soberanía en el ámbito internacional.

Miguel de la Madrid (1982-1988) recibió un país desarticulado y doblegado, tanto interna como externamente. Los Estados Unidos habían

⁹ El 21 de Febrero de 1982, se presentó el “Plan de Paz” llamado también “Plan López Portillo”; proponía el diálogo entre los Estados Unidos y Cuba, la solución negociada al conflicto en el Salvador y un pacto de no agresión entre Nicaragua y los Estados Unidos, bajo la intermediación de México. A este plan se le considera el antecedente inmediato a la iniciativa de crear el Grupo Contadora (1983).

¹⁰ En 1979, PEMEX captaba cerca del 40 por ciento del gasto del sector paraestatal y según la revista Fortune, esta empresa ocupaba el 20º lugar de importancia entre las 500 empresas con mayores ventas a nivel internacional.

expresado públicamente tanto a nivel interno como diplomáticamente, que no aceptaban los cambios que México había introducido en sus relaciones con Latinoamérica y en especial con Centroamérica.

El país se había conducido durante los años recientes en circunstancias de excepción gracias al petróleo y esto le había otorgado un amplio margen de independencia económica. Paradójicamente, los triunfos y las acciones de solidaridad que se prodigiaban al sur del río Suchiate se contabilizaban negativamente al Norte.

El "cobro" del Río Bravo no se hizo esperar: a partir de 1982 México fue objeto de una avalancha de presiones como fue la firma de una nueva Carta de Intención con el FMI que implicó un severo programa de austeridad de corte monetarista y el condicionamiento del crecimiento económico al pago puntual del servicio de la deuda externa del país, así como los continuos ataques de representantes políticos y de algunos medios de comunicación masiva en los Estados Unidos. Todas estas circunstancias en muchas ocasiones obligaron a México a rectificar posiciones, como es el caso del rompimiento temporal del Acuerdo de San José (1980-1984) sobre suministro de petróleo con Nicaragua.¹¹

Tratando de sustraerse al excesivo bilateralismo, México logró avances muy importantes, que han redundado no sólo en el beneficio de la política internacional del país sino también en posibilitar el proceso de pacificación centroamericano.

El *Grupo Contadora*¹² que sorpresiva y a veces hasta heroicamente, ha sobrevivido desde su creación en 1983, ha obtenido avances que para Latinoamérica son de *importancia*: lograr que los cancilleres centroamericanos dialogaran y formularan un documento de vocación pacificadora es un hecho de relevancia cuando la comunicación no ha sido históricamente la regla de oro en Centroamérica. Además, al auspiciar las reuniones de Manzanillo (1984), México provocó un diálogo —por lo menos temporal— entre Nicaragua y Estados Unidos. La discusión del Acta de Paz del Grupo Contadora ha logrado que internacionalmente se conozcan aspectos vitales del conflicto centroamericano, concretamente el financiamiento de la contrarrevolución en Nica-

ragua por los Estados Unidos y el condicionamiento de su ayuda económica a la región a su irrestrictivo alinamiento a los intereses políticos de la Casa Blanca.

No es posible detenerse a analizar todos los altibajos del Grupo Contadora¹³; sólo se mencionará que la participación de México ha significado el puntal de una lucha por rescatar doce años de una práctica diplomática comprometida más allá de lo declarativo. Ha sido también a nuestra opinión, el termómetro de las presiones norteamericanas sobre México y el paulatino crecimiento del cuestionamiento de Latinoamérica hacia la política estadounidense en Centroamérica.

De ahí que la política exterior de México en esta etapa, sea contemplada en otros términos que en décadas anteriores; este replantamiento no es un retroceso ni una retracción del apoyo otorgado a los movimientos revolucionarios en el pasado, por el contrario, significa una salida —resultado de la discusión multilateral— a la posibilidad de cambio real en la región, independiente de la influencia de las grandes potencias: Estados Unidos y la Unión Soviética.

La participación de México en el Grupo Contadora, desde 1983 hasta el momento en que finaliza su intervención en la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento (CIVS), es el aspecto más visible de un nuevo cambio en la política exterior de México hacia Centroamérica. Este retorno a las prácticas tradicionales de la diplomacia mexicana, marcan un enfoque distinto al de la política de centroamericanización que se había llevado a cabo de 1979 a 1981; de ahí que en 1983, México replanteó diplomáticamente su intervención en la pacificación centroamericana y, sin transigir en los principios de autodeterminación y no intervención que siempre ha propugnado, emprende una actividad diplomática distinta que se inicia con la creación del Grupo Contadora y finaliza con las reuniones de Esquipulas en Guatemala durante el mes de agosto de 1987.

Durante los dos años anteriores a esta iniciativa, México había enfrentado problemas muy serios con Estados Unidos, Venezuela, Colombia, Panamá y Costa Rica, en relación a su forma de enfocar el problema centroamericano, lo que le había provocado un serio aislamiento diplomático alentado por los Estados Unidos.

En este sentido, Contadora se perfila como una afortunada solución para México en tanto

¹¹ Lazo M., Francisco: "El Pacto de San José, ¿Un ejemplo de comercio y cooperación Sur-Sur?" en Cuadernos de Divulgación No. 2, CINAS, 1986, México.

¹² Para mayor información de estos aspectos consultar: López, Francisco, *Contadora 1986: Más problemas, menos opciones*, y Gutiérrez Haces, M. Teresa, *México: El Principio de una Reconversión Diplomática*, en Cuadernos CECARI, No. 2, Serie de Estudios Coyunturales, Diciembre, 1986, México.

¹³ Respecto de un análisis detallado de las operaciones del Grupo Contadora consultar las *Cronologías* publicadas por el Centro de Estudios Centroamericanos de Relaciones Internacionales (CECARI) y los *Cuadernos CECARI*, 2 y 3, 1986 y 1987, México.

que la búsqueda de pacificación se hace bajo instancias multilaterales, lo que disminuyó paulatinamente la excesiva bilateralidad de las relaciones México-Nicaragua. Al mismo tiempo, la diplomacia mexicana asumió no sólo la discusión sino la crítica y la moderación a su política exterior, que surgió del contacto con los otros países.¹⁴ Esta postura implicó que se abocó una vez más a su viejo unilateralismo para conjuntar, bajo una discusión latinoamericana, la solución de la crisis centroamericana.

El Grupo Contadora, con cinco años de existencia, logró desarrollar un proceso pacificador que no sólo impidió una invasión directa de los Estados Unidos a Nicaragua, sino también propició un ambiente de mayor distensión entre los cinco países centroamericanos, que inicialmente parecían a punto de involucrarse en un conflicto regional de grandes dimensiones y que hacía muchos años no dialogaban colectivamente.

A través de reuniones, discusiones y pronunciamientos se desembocó en toma de posición conjuntas, siempre fruto de un consenso. Paulatinamente se logró determinar que el conflicto centroamericano no debía participar de la visión Este-Oeste, como lo propugnan los Estados Unidos, sino entenderse como un conflicto regional. En este sentido, sobresale la *vocación latinoamericanista* del Grupo Contadora y la posibilidad de haber estimulado la creación de un Grupo de Apoyo con los países sudamericanos. Así el conflicto centroamericano se visualiza con *una perspectiva continental*, lo que implica un enorme avance para Centroamérica que históricamente había vivido muy aislada de Latinoamérica.

Sobresale el hecho de que Contadora, siendo una instancia diplomática, haya logrado incidir sobre la práctica política de cada uno de los países centroamericanos e impulsado procesos internos de democratización que —aunque tibios— son un avance, si se compara la larga historia de dictaduras militares y civiles en esta región.¹⁵

En este sentido es lamentable el reconocer que si bien el Grupo Contadora logró inhibir el comportamiento bélico entre los países centroamericanos, obtuvo un éxito nulo respecto a la conducta de los Estados Unidos que continúa apoyando la contrarrevolución en Nicaragua hasta la fecha.

Este aspecto, ha estado siempre presente en las discusiones del Grupo Contadora y ha sido una de las grandes dificultades que ha enfrentado; si bien ha sido un logro prescindir de las superpotencias en las discusiones y constreñir el diálogo a una instancia latinoamericana, el hecho es, que uno de los escollos principales en las pláticas vienen de las acciones estadounidenses con cada país de la región.

VII. Una reformulación de la seguridad nacional

La participación de México en el Grupo Contadora, se ha visto enfrentada con la visión geopolítica de los Estados Unidos respecto a una zona, en la que tanto México como Centroamérica, son considerados sus "patios traseros". En lo que respecta a México, su actividad en el seno de Contadora hasta 1988 obedece también a la necesidad que tiene de contener, por medio de su apoyo a la negociación pacificadora en Centroamérica, la posibilidad de que el conflicto pudiera desbordarse hacia su territorio, lo cual evidentemente no le favorecería en términos de soberanía y seguridad nacional.

México no teme un avance guerrillero hacia su frontera sur, aunque en algún momento se contempló la posibilidad, —sobre todo a raíz de la instalación de campos de refugiados centroamericanos en su frontera sur—, sus preocupaciones en este sentido no son prioritarias actualmente. Para México, es primordial la pacificación de la región, porque necesita conservar su equilibrio geopolítico actual en relación a sus dos fronteras.

La posibilidad de convertirse en un "estado sandwich" rodeado por ambos lados por la presencia estadounidense, es un motivo serio de preocupación.¹⁷ Ésta es una de las razones, por lo cual considera primordial la pacificación de la región y esta, empieza a vislumbrarse gracias a la celebración de elecciones democráticas en Centroamérica y las acciones resultantes de las reuniones de Esquipulas. Esto no significa que los movimientos revolucionarios hayan desaparecido mágicamente para dar lugar a mejores opciones populares, ni mucho menos las causas que los originan, pero al menos los interlocutores con los que se dialoga, han dejado de ser dictadores; esta circunstancia por ahora ha creado un clima de mayor distensión que contrasta con el existente antes de 1983.

¹⁴ Cfr. Consultar las declaraciones del Senado de la República Mexicana que: "Considera irrenunciable el derecho de Latinoamérica a resolver sus problemas sin injerencia y condena las acciones difamatorias emprendidas por algunos sectores estadounidenses; *El Día*, 10. de marzo, 1986, México.

¹⁵ Honduras en 1985 con José Azcona Hoyo, El Salvador en 1984 con José Napoleón Duarte, Guatemala en 1986 con Vinicio Cerezo, Costa Rica con Oscar Arias en 1986 y Nicaragua con Daniel Ortega.

¹⁶ Aguayo, Sergio. *El Éxodo Centroamericano*. SFP., 1985, México.

¹⁷ Gutiérrez Haces, M. Teresa. *Fronteras Ocupadas e Inseguridad Nacional*. Revista "Análisis de la Economía Latinoamericana y los Estados Unidos", Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1984.

Pero, pese al cambio democrático en la región, el riesgo de una intervención norteamericana en Nicaragua no ha sido conjurado. Esta misma posibilidad en los otros países ha disminuido por el momento, debido a que sus gobiernos son vistos con aprobación por Washington.

Si en un primer momento, 1979-1986, existió un elevado nivel de apoyo e involucramiento de México con respecto a Nicaragua, es evidente que esto implicó el inusitado despliegue de una activa diplomacia a fin de contener una agresión en la que México tendría que tomar posición a riesgo de consabidas pérdidas a nivel interno: México estuvo consciente de que no se encontraba preparado ni antes ni hoy para un enfrentamiento frontal con Estados Unidos a causa de Nicaragua. De ahí la importancia de Contadora, puesto que siendo miembro fundador del Grupo, en un momento de crisis regional estaría en condiciones de pronunciarse *colectivamente*, lo que significaría que la decisión y la responsabilidad ante Nicaragua o cualquier otro país centroamericano sería compartida *por todos* aquellos que son integrantes no sólo del Grupo Contadora, sino también del Grupo de Apoyo.¹⁸ En suma, Contadora fue la expresión de que la política exterior mexicana necesitaba marcar en el terreno político-diplomático, límites con los Estados Unidos, aún a sabiendas de su extrema debilidad económica.

México encuentra cada día más difícil el sustraerse y parapetarse en sólo pronunciamientos morales a nivel internacional. La agudización del conflicto en Centroamérica, pero también el existente en el Medio Oriente, reduce la posibilidad de *espacios autónomos* en los cuales desplazarse con independencia. Es una realidad que cada día resulta más complejo el mantener una posición de no alineamiento político con los Estados Unidos frente a las presiones de que es objeto. Frente a un vecino en el Norte ocupado en "la recuperación de la grandeza y el orgullo nacional" y al lado de un territorio en el sur que en cualquier momento puede estallar. ¿Cuál es el futuro para México, en términos de seguridad nacional y de su política exterior?

Hasta no hace mucho, México no había hecho una formulación pública de una doctrina de seguridad nacional. Con esto no se quiere decir que el Estado Mexicano careciera de un cuerpo teórico que definiera su concepto de seguridad nacional, pero lo que sí es evidente es que dadas las caracte-

terísticas del desarrollo político mexicano en los últimos años la definición de ésta se ha visto condicionada por la fuerte tradición civilista del ejército y del Partido Revolucionario Institucional (PRI), así como por la casi ausencia de una idea de agresión interna o externa, que justificaría el aumento del presupuesto militar:

"El apego del Ejército, la Armada y la Fuerza Aérea a la filosofía revolucionaria, a las instituciones y a las normas prevalecientes, ha sido el principal elemento de prestigio y fortaleza de las fuerzas armadas del México moderno. Conforme ha cambiado la realidad se han transformado las Fuerzas Armadas del País; así el papel estrictamente militar que las caracterizó inicialmente, se ha visto reforzado por una creciente actividad directamente relacionada con el bienestar de la comunidad.

A partir de la Constitución y como parte intrínseca del Estado revolucionario, Las Fuerzas Armadas, fieles a su origen popular, recogen las orientaciones y las tradiciones que las emblecen, para darles contenidos específicos en cada etapa del desarrollo social".¹⁹

En síntesis, México hasta hoy no había tenido entre sus principales prioridades el desarrollo de una política de defensa nacional de gran envergadura, ya que para el Estado Mexicano siempre había sido prioritario su desarrollo económico y nunca consideró justificado el distraer los recursos destinados a la modernización del país en onerosos presupuestos militares, mucho menos hoy que enfrenta de manera palpable los resultados de continuar pagando el servicio de la deuda externa a costa de la reducción de su nivel de crecimiento económico.

Respaldada por estos aspectos, la política exterior de México ha vivido siempre atenta a su frontera norte y sólo hasta hace algunos años expresó más explícitamente un concepto de seguridad nacional como el contenido en el Plan Nacional de Desarrollo (1983-1988):

"El derecho inalienable de México de mantenerse libre, soberano, íntegro en su territorio, independiente y con autodeterminación política, se refleja en las Fuerzas Armadas como la comprensión, previsión y cumplimiento de las funciones específicas que les corresponden de acuerdo a lo establecido en las leyes reglamentarias. Con ello coadyuvan a mantener el orden interno y el desarrollo nacional, y están listas a la defensa del país."²⁰

¹⁸ El 29 de Julio de 1985 los gobiernos de Argentina, Brasil, Perú y Uruguay integran al "Grupo de Apoyo" al proceso de Contadora, teniendo como objetivo principal el ejercer presión diplomática hacia la negociación del proceso de pacificación.

¹⁹ Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988, en Comercio Exterior, Suplemento, junio de 1983, p. 25.

²⁰ *Ibid.*

Ante la posibilidad de una extrema agudización del conflicto centroamericano, México, en términos de seguridad nacional, tendría que replantearse su defensa nacional y con ello el control político del país podría presentar un viraje, al ser *compartido* esté entre el poder civil y los militares mexicanos.

A su vez, el proyecto de desarrollo propugnado por el Partido Revolucionario Institucional (PRI), tendría que ser modificado, al distraerse los pocos recursos económicos que nos quedan en un proyecto de seguridad nacional.

La inclusión de una manera explícita del concepto de Seguridad Nacional en la discusión mexicana, tuvo especial relevancia a partir de 1981 cuando los acontecimientos políticos ocurridos en Guatemala, empujaron a pequeños grupos de campesinos a refugiarse en la zona de Arroyo Negro, Campeche, en mayo de ese año; para el siguiente mes, 2000 campesinos guatemaltecos atravesaron la frontera mexicana y en los meses subsiguientes, el flujo migratorio obligó al gobierno y al ejército mexicano a pronunciarse públicamente al respecto.

La problemática suscitada a raíz de este fenómeno, desembocó en un sinnúmero de declaraciones oficiales y extraoficiales, que al calor de los hechos fue arrojando elementos de importancia para nuestros análisis:

1. La política exterior de México, hasta esa fecha (1981), había enfrentado una problemática cualitativamente distinta con relación a la definición de la conducta a seguir respecto al estatuto de refugiado. La experiencia del exilio español y de la reciente oleada proveniente de América del Sur, se diferenciaba profundamente de la centroamericana. Para las autoridades mexicanas en general resultó complicado de definir el perfil de este nuevo refugiado: exiliado político, refugiado, migrante económico, etc.²¹

2. Las experiencias conocidas en el pasado indicaban que, ni los refugiados españoles, ni los provenientes de Sudamérica personificaban un "peligro masivo" para la seguridad nacional de este país, pese a que en este caso era público que el origen de su exilio era político y en la mayoría de los casos se trataba de grupos ideológicamente situados a la "izquierda". En aquel entonces, la política exterior de México no se vio forzada a introducirse en el conflicto Este-Oeste como fue posteriormente el caso de la relación actual de México con Centroamérica. ¿Cuál era la diferencia entre el exilio español, chileno o argentino en relación al centroamericano?

3. Estos hechos resultan interesantes, si se analiza que esta no sería la primera ocasión en que Centroamérica ha "complicado" las relaciones México-Estados Unidos. Con frecuencia se olvida y hasta se desconoce, el efecto que produjo la presencia de Augusto César Sandino en 1930 en México, solicitando ayuda al gobierno mexicano presidido por Emilio Portes Gil y los oficios que desempeñó la representación de los Estados Unidos en México respecto al virtual aislamiento de Sandino en una hacienda del estado de Yucatán.²²

4. Esto sugiere que conceptos aquí expresados como el de frontera geográfica y equilibrio geopolítico, siempre han tenido enorme peso al analizar la compleja interrelación entre México y Centroamérica a través de la visión estadounidense.

En suma, aunque el establecimiento de 77 asentamientos campesinos e indígenas en el estado de Chiapas indicó que se trata de refugiados objetivamente indefensos, estos en términos de seguridad nacional representaban mayor problema para México que el considerable número de intelectuales y políticos que se refugiaron anteriormente en este país.

5. La presencia de campamentos fronterizos y refugiados centroamericanos en México evidenció una inicial *falta de consenso* en la política a seguir en lo que Relaciones Exteriores defendió el tradicional "derecho de asilo", mientras que por decreto presidencial se creó la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR)²³ y la visión de algunos funcionarios que lo contemplaron como la posibilidad de convertirse en "detonador social" al considerar que su presencia, sería un fuerte deterioro ecológico, disputa laboral, problemas serios de vivienda, aumento de delitos, etc.

Con la llegada a la presidencia de Guatemala de un nuevo mandatario Vinicio Cerezo, aparentemente finalizaron las negociaciones celebradas en torno a esta problemática. Pese a que no puede afirmarse que un clima de absoluta paz ha disminuido la presión humana en la frontera con México, es un hecho importante el constatar que cuando se trata de enfrentar un problema como el aquí brevemente descrito.

A partir de 1986, notables cambios en la política exterior de México hacia Centroamérica, hicieron comentar a más de uno, que lo que se

²² Ramírez, Sergio: *Augusto C. Sandino, Pensamiento vivo I*, Nueva Nicaragua, 1981, p. 304 y Selser Gregorio, *El Pequeño Ejército Loco. Sandino y la Operación México-Nicaragua*, 1983, Managua.

²³ Diario Oficial, 22 de Julio de 1980, México.

²¹ Aguayo, Sergio: *Op. Cit.*

presenciaba a partir de esta fecha era el inicio de un *alejamiento calculado* de su presencia en el ámbito centroamericano.

Efectivamente hubo y hay presiones políticas tanto internas como externas que abonaron el terreno para que se suscitara esta posibilidad. Las duras críticas de varios sectores de la iniciativa privada en México, unidas a más de una declaración como las emitidas en 1986 por el senador Jesse Helms de los Estados Unidos en contra del papel desempeñado por México, indicaron que el rumbo iba a ser rectificado. Contrariamente a lo que de una manera generalizada se estima, no consideramos que estos aparatosos ataques que llenaron las páginas de varios periódicos, fueran un elemento de peso para provocar un replantamiento político.²⁴

Es cierto que el Pacto de San José sobre suministro de petróleo se había cancelado para después reanudarse tímidamente; también efectivamente la acción del Grupo Contadora se empañaba por momentos y es innegable que México no había hecho una defensa de Panamá en 1988 como la que presentó en los sesenta frente al bloqueo de los Estados Unidos a la isla de Cuba.²⁵

Todos estos elementos deben mirarse como algunas señales de que el país se estaba transformando, pero no sólo a nivel de su política externa sino también en el plano de su proyecto nacional. Cuando los primeros pasos en relación a Centroamérica se dieron en forma distinta a los seguidos antes de 1986, lo que debió mirarse es que la reestructuración interna en lo económico y en lo político unidos a la crisis económica, no podía dejar sin cambios a la política exterior.²⁶

Aunado a esto, México enfrentó un nuevo contexto internacional, uno tan distinto como el que produjo la iniciativa del Grupo Contadora. Este nuevo ámbito lo enfrentó con una Centroamérica distinta en la que a partir de la Reunión de Caraballeda en Venezuela en 1986 y en las

Reuniones de Esquipulas en Guatemala en 1987 constató que el conflicto era cada vez más un asunto de los centroamericanos y, que por las condiciones internas de México, el costo de su presencia era muy elevado. Así, no sólo la crisis económica interna, sino los propios actores regionales entre ellos el presidente Arias y su Plan de Paz, propiciaron la virtual salida de México.

El traspaso de la Comisión Internacional de Verificación y Seguimiento a manos de los cancilleres centroamericanos selló el fin de una etapa que de 1979 a 1986 dio a México particular relevancia en Centroamérica.

A partir de 1988 se evidenció que el problema de la paz en la región en todos sus aspectos podía ser discutido bajo condiciones distintas a las de 1983 y que específicamente México tenía que centrarse de una *manera pragmática* en discusiones de mayor urgencia como son aquéllas en torno a la crisis económica, la deuda externa y el narcotráfico internacional.

Las opciones para México son diversas, todas ellas deben tomar en consideración, no solamente su participación en el sistema geopolítico de los Estados Unidos, sino en el indiscutible hecho de que este país ha cambiado internamente y que en el futuro tanto la política exterior como la doméstica, tendrán nuevos interlocutores nacionales, dentro y fuera de las Cámaras de Diputados y Senadores.

La tradicional homogeneidad, que se traducía en la casi absoluta aceptación nacional a todos los pronunciamientos y toma de decisiones de la política exterior mexicana es previsible que sufra *notables alteraciones* en el futuro, como resultado de los innegables cambios políticos ocurridos en el país antes y después de julio de 1988, fecha de las elecciones presidenciales. La anterior aseveración se desprende no únicamente del análisis cuidadoso de los cambios ocurridos recientemente²⁷ sino de la propia evolución de la política exterior mexicana, en los últimos meses.

México pudo escuchar el día 1° de diciembre del año en curso, los lineamientos políticos y económicos de una nueva administración presidencial, por primera ocasión, tal hecho se realizó frente a la presencia de notables personalidades de América Latina, Cuba y Centroamérica y lo que podría haber sido un evento oficial de importancia nacional se convirtió, en forma voluntaria, en un *acontecimiento internacional*. Varios aspectos merecen ser resaltados: el primero se refiere al "despliegue diplomático" que antecedió a este

²⁴ Un ejemplo de esto fueron las declaraciones del exembajador en México John Gavin, respecto al apoyo que México otorgó públicamente, en la ONU, a Namibia: "Un trato que simplemente no esperamos de un amigo. . . lo que objetamos es cuando países como México votan en resoluciones que nos atañen directamente a Estados Unidos. . . cuestionan nuestra buena fe o señalan específica y negativamente a nuestro país". "Tales ataques son inmoderados y abusivos"; *Uno Más Uno*, marzo 1986.

²⁵ Gutiérrez Haces, M. Teresa: *Del bloqueo cubano al embargo nicaragüense*; en Revista: "Momento Económico", marzo 1985, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México.

²⁶ Gutiérrez Haces, M. Teresa: *Las Relaciones México-Estados Unidos: hacia un replanteamiento de fondo* en "Momento económico", diciembre 1986, Instituto de Investigaciones Económicas, México y "La Continentalización: una Geopolítica del Libre Cambio" en: *Viejos Desafíos nuevas Perspectivas: México, Estados Unidos y América Latina*; Ed. M. A. Porrúa, México, 1988.

²⁷ Morrissette, Brigitte; *Le Mexique Sur un Volcan*, en Revista "L'Actualité", Octubre 1988, Montréal, Canadá, p. 112-118.

hecho, la presencia política, de México durante la reunión de la OEA en Centroamérica y en la de Punta del Este, en Montevideo, Uruguay, sirvieron, entre otros objetivos, para afirmar los "lazos latinoamericanos" que últimamente se habían debilitado con el pragmatismo mexicano más preocupado por el Norte que por el Sur de América.

En segundo término, la asistencia de líderes políticos de tan *heterogénea ideología* como Fidel Castro, José Napoleón Duarte, Daniel Ortega sin contar los de América del Sur y los Estados Unidos implicó la voluntad de presentar una imagen de *pluralidad ideológica* que el acto mismo requería y el inmenso "*poder de convocatoria*" que el gobierno mexicano establecía a partir de una reunión de estas características.

Es evidente que el aspecto central de este acto, era el de la legitimación del poder con la presencia de todos estos mandatarios; cabe reflexionar seriamente sobre este aspecto, puesto que si bien la labor de la diplomacia mexicana fue notable, quedan dudas sobre si los objetivos de ésta se cumplieron.

Por último, un aspecto, a mi opinión de mayor relevancia que lo anterior, es el relacionado con el respaldo político que la presencia de todas estas personalidades otorgó al acto oficial. Si bien, México demostró públicamente que tiene una gran fuerza diplomática, tanto entre la derecha como la izquierda internacional, esta acción implica la adquisición de un *nuevo compromiso*, hecho que implica varios aspectos: se trata de un compromiso de todos los ahí presentes, un "pacto de caballeros" que sitúa a México en una posición radicalmente distinta a la que sustentó durante el periodo Contadora, se trata de un reconocimiento de que este país tiene necesidad del resto de América Latina y que las diferencias y desigualdades evidentes, deben postergarse cuando se trata de plantear la legitimidad de un gobierno. Al mismo tiempo el resto de los pactantes están conscientes de que han cobrado una importancia distinta para México y que en el futuro, este recurso a la solidaridad latinoamericana será utilizado en nuevas ocasiones, de ello están muy conscientes dos países, como Nicaragua y Cuba, que cargan con el peso del embargo económico, aplicado por los Estados Unidos y que necesitan con urgencia estrechar lazos económicos y políticos con el resto del mundo.

Esta recomposición de la diplomacia latinoamericana tuvo ocasión de reestructurarse y de discutirse a la ocasión del 10. de diciembre, México una vez más jugó un papel aglutinador pero con una posición muy distinta a la observada en instancias como Esquipulas y Contadora, por primera vez América Latina acudió en su apoyo en un asunto extremadamente delicado. No podemos dejar de registrar aquí, que mientras todo esto se llevaba a cabo, sorprendentemente, en el discurso emitido el día 1° de diciembre por Carlos Salinas de Gortari no hubo ninguna alusión al conflicto centroamericano, ni mucho menos al papel jugado por México en esta región, esto nos lleva a formular algunas interrogantes: ¿La política exterior mexicana, que hasta la fecha ha gozado de un inmenso consenso nacional y ha contado con el respaldo de la izquierda partidista, *podría generar divisiones internas*, como ya lo ha provocado con anterioridad la discusión de la política económica, al ser delineada frente a una oposición legislativa cualitativamente distinta a la hasta hoy existente?

¿En el futuro, el papel de mediador jugado por México en Centroamérica, podrá eventualmente revitalizarse, pese a la reciente entrevista Bush-Salinas de Gortari, en el que el problema de la deuda externa mexicana se sigue utilizando como freno a la diplomacia mexicana?

¿Asumirá México, en el futuro su vocación latinoamericanista u optará por disminuir su presencia internacional ante el resurgimiento de un pragmatismo diplomático resultante de la reciente reestructuración de la cancillería mexicana?

Es evidente, que estos, y muchos otros cuestionamientos, podrán formularse; de todo lo dicho sobresale el principio de que México no busca voluntariamente el enfrentamiento con su vecino del Norte, pero también es cierto que hasta hoy las propuestas planteadas por los Estados Unidos excluyen muchos de los proyectos políticos autónomos. Todo indica que en el futuro se buscará la conciliación como fórmula clave para enfrentar la relación bilateral. El intento tiene grandes implicaciones: ¿Cómo contener la inconformidad interna, mantener la soberanía económica que nos resta y evitar cualquier confrontación con los Estados Unidos?

La respuesta debe surgir internamente e implica una reformulación política para la que el país se prepara actualmente.